

EDUARD LÓPEZ HORTELANO

Don y tarea del ministerio ordenado

Su espiritualidad a la luz
de los Ejercicios ignacianos

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2023

© Biblioteca de Autores Cristianos, 2023
Manuel Uribe, 4. 28033 Madrid
www.bac-editorial.es

Depósito legal: M-33927-2023
ISBN: 978-84-220-2318-0

Preimpresión: BAC
Impresión: Anebri, S.A. Pinto (Madrid)
Impreso en España. Printed in Spain

Imagen de cubierta: Mural de la Casa de Ejercicios la Inmaculada (Puerto de Santa María)
Diseño: BAC

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ÍNDICE GENERAL

<i>Siglas y abreviaturas</i>	9
<i>Bibliografía</i>	11
Introducción	13
1. La cuestión	13
2. La figura de Ignacio de Loyola y tres tipos de lectura.....	15
3. El punto de partida: la espiritualidad teologal del ministerio ordenado	18
4. ¿Qué significa «ejercitarse»?	22
5. Plan de esta obra	25
CAPÍTULO 1. Principio y Fundamento: sacerdotes felices.	27
1. El hombre es creado.....	27
2. Para alabar, hacer reverencia y servir	31
3. Palmas y palmeros: ¿entrada triunfal en Jerusalén?.....	35
CAPÍTULO 2. El árbol de la vida y del conocimiento.	43
1. El Principio y Fundamento del mal: el pecado.	43
2. Dos árboles	49
3. Vergüenza y confusión.....	52
4. El sacerdote como publicano	54
5. Cambiar o no cambiar.....	55
6. Con crecido afecto	57
7. Con el favor de Dios	59
8. Reconciliación más que pena y penitencia.....	62
CAPÍTULO 3. Sacerdotes, seguidores de Jesús.	65
1. ¿Seguir a Cristo o imitarlo?.....	65
2. Unidos con Cristo en la misión	69
3. Donde hay amor, allí se posa el ojo	72

4. En suma pobreza: sacerdotes pobres	74
5. Creciendo y fortaleciéndome	76
6. Engaños y engañados	77
7. En el Jordán como en el desierto	80
8. Bienaventurados los sacerdotes por el reino ...	83
9. Sacerdotes con miradas que liberen	87
10. Jugársela por Jesús	90
CAPÍTULO 4. La pasión, pasiones hasta el extremo..	91
1. Hacer(se) presente: la eucaristía	91
2. Sacerdocio de Jesús, sacerdotes como Jesús ...	94
3. Buscar la voluntad de Dios	97
4. De las ensoñaciones a las negaciones	99
5. Arriba, abajo y los del camino	102
6. Siete gestos, siete palabras y siete consignas ..	103
7. Cruz y muerte: el silencio	105
CAPÍTULO 5. Apóstoles pascuales	109
1. Reconocer la alegría y el gozo	109
2. Del pragmatismo al creyente místico	112
3. Sacerdotes, apóstoles de la comunión	114
4. Del sígueme inicial al sígueme pascual	116
5. Para alcanzar amor con su gracia	120
Notas finales	125
1. Vida en el Espíritu: pauta, hábitos y conviccio- nes	125
2. Una espiritualidad sacerdotal, según edad y persona	128
3. Una espiritualidad sacerdotal cristológica: el Espíritu que procede del Padre y del Hijo	132
4. Una espiritualidad sacerdotal existencial: cues- tión sacramental, signo de amor	133
5. Una espiritualidad sacerdotal eclesial: «Apa- centad mis ovejas» (1 Pe 5,1-4)	138
<i>Índice de materias</i>	<i>145</i>
<i>Índice de citas bíblicas</i>	<i>149</i>

INTRODUCCIÓN

El miedo es como una piedra que acarreas dentro del estómago. Día tras día vas tragando tu maraña de temores igual que los gatos se tragan sus pelos, hasta que acaban por formar una bola en la barriga, una densa pelota que produce ganas de vomitar y que te obliga a caminar un poco encorvado, como esperando un golpe¹.

*«¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!»
(Mt 14,27).*

1. La cuestión

Quisiera introducir al lector. Se han celebrado 500 años de la conversión de Ignacio de Loyola. Entre su casa-torre guipuzcoana y Manresa se produce un cambio de mirada en un hombre que tenía unos ideales y unos horizontes y que, sin embargo, bajo el auspicio del favor de Dios, se dejó afectar por él. Este no es libro para jesuitas, sino para cualquier sacerdote que desee dejarse conducir por Cristo, renovar su mirada por él, crecer con él dejando atrás «redes y cadenas» (*Ej* 142) y miedos que encorvan. El de Loyola legó los *Ejercicios espirituales* a la Iglesia. ¿Cómo el proceder ignaciano podría ayudar a vivir la espiritualidad sacerdotal

¹ R. MONTERO, *La buena suerte* (Alfaguara, Barcelona 2020) 147.

hoy? Esta es la cuestión de fondo. Los *Ejercicios* son escuela de oración y de discernimiento para cualquier forma de vida cristiana (laicado, vida consagrada y sacerdocio ordenado). Es la riqueza de la espiritualidad cristiana, que no puede recluirse ni reducirse a unos retiros y unas predicaciones por muy devotas que sean. Benedicto XVI dedicó, precisamente, parte de la *Alocución a los jesuitas reunidos en la Congregación General 35*, el 21 de febrero de 2008, a este respecto:

Os invito, por último, a prestar atención especial al ministerio de los *Ejercicios espirituales*, característico de vuestra Compañía desde sus mismos orígenes. Los *Ejercicios* son la fuente de vuestra espiritualidad y la matriz de vuestras constituciones, pero son también un don que el Espíritu del Señor ha dado a toda la Iglesia: por eso tenéis que seguir haciendo de ellos una herramienta valiosa y eficaz para el crecimiento espiritual de las almas, para su iniciación en la oración y en la meditación en este mundo secularizado del que Dios parece ausente [...]. Los *Ejercicios espirituales* constituyen un camino y un método particularmente valioso de buscar y de hallar a Dios en nosotros, en nuestro alrededor y en todas las cosas, con el fin de conocer su voluntad y de llevarla a la práctica².

Por otra parte, se añade la preocupación y el interés de la Iglesia universal sobre el sacerdocio ministerial. De aquí la celebración del Simposio Internacional para reflexionar sobre la teología fundamental del sacerdocio, iniciativa de la Congregación para los Obispos, que se desarrolló del 17 al 19 de febrero de 2022. Una ocasión, entre una cosa y otra, para

² BENEDICTO XVI, «Alocución a la Congregación 35», en *Congregación General 35* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2008) 270.

renovar el núcleo de esta vocación particular, que tal y como apuntó el papa Francisco se caracteriza por cuatro tipos de cercanía: con Dios, con el obispo, entre sacerdotes y con el pueblo de Dios³.

2. La figura de Ignacio de Loyola y tres tipos de lectura

Según esto, esta renovación puede ayudarse del dinamismo espiritual y apostólico de ejemplos como el de Ignacio de Loyola. Escuchó la palabra de Dios, aprendió a discernir y buscó la voluntad de Dios. Es el modo de proceder de Dios, que se hace historia como en el caso del profeta Elías:

Al llegar entró en una cueva, y allí pasó la noche. Pero el Señor se dirigió a él, y le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?». Él respondió: «He sentido mucho celo por ti, Señor, Dios todopoderoso, porque los israelitas han abandonado tu pacto, han derribado tus altares y han matado a tus profetas a filo de espada. Solo yo he quedado, y andan buscándome para quitarme la vida». El Señor le dijo: «Sal fuera y quédate de pie ante mí, sobre la montaña». En aquel momento pasó el Señor, y un viento fuerte y poderoso desgajó la montaña y partió las rocas ante el Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento hubo un terremoto; pero el Señor tampoco estaba en el terremoto. Y tras el terremoto hubo un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Pero después del fuego se oyó un sonido suave y delicado. Al escucharlo, Elías se cubrió la cara con su capa, y salió y se quedó a la entrada de la cueva (1 Re 19,9-13).

³ FRANCISCO, *Discurso al Simposio «Por una teología fundamental del sacerdocio»* (17-2-2022). Disponible en <https://www.vatican.va>.

Ignacio pasa horas de oración en Manresa, pero no permanece en la cueva, va más allá. En camino,

[...] empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír la misa, ni en otra oración ninguna que hiciese; y otras veces viniéndole tanto al contrario desto, y tan súbitamente, que parecía habersele quitado la tristeza y desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno (*Au* 21).

Toda su vida será un hombre peregrino: el hombre que camina como Jesús. Su camino se expande y se alarga, se hace largo y profundo con el legado a la Iglesia de los *Ejercicios espirituales*. En cierto modo, quisiera proponer un itinerario marcado por tres tipos de lecturas. En primer lugar, una «lectura para discernir», para «ser informado fielmente de las varias agitaciones y pensamientos que los varios espíritus le traen» (*Ej* 17). Se trata de adentrarse en la Manresa particular del sacerdote ordenado. No es solo un espacio físico. Sería un espacio muerto, sin vida. Inútil. Por el contrario, conduce a una experiencia profunda. Válida y universal. Ignacio la vive y la transmite a las generaciones futuras. He aquí la importancia de no permanecer en el físico de las piedras ni de las historias de uno y de otro. Más bien, se trata de crear espacios y tiempos para reconocerse, para sentir todo el potencial que llevamos «en vasijas de barro, para que quede bien claro que este poder viene de Dios, y no de nosotros» (2 Cor 4,7).

En segundo lugar, mediante este movimiento interno, surge otro tipo de visión: la vida de Cristo. Así se entiende, sin duda, cuando «no dejando de hacer los sólitos ejercicios» (*Au* 25), Ignacio «ultra de sus siete horas de oración [...] daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído» (*Au* 26). Por eso, es aconsejable una «lectura pausa-

da» y «meditativa» o «contemplativa» donde el sacerdote se ejercite en lo que lee, medite o contemple. Ahí, reconocerse como hijo de Dios y hermano del mundo que le rodea. En algunos casos es posible que se evoquen incomprendiones, fracasos; en otros, ilusiones y motivaciones.

¡Qué mejor manera de caminar que la lectura como ejercicio! Al leer, busquemos. El cuarto Evangelio, en la llamada de los primeros discípulos, lo indica. «Venid y lo veréis» (Jn 1,39). Otro modo de decir: «Caminad». Tampoco estar en búsqueda es fácil. Ni siquiera consiste en cuestionarse continuamente el porqué de las cosas. Ante todo, es una actitud de fondo, en especial, para salir de nuestro ser atomizado por las ocupaciones individuales para ir hacia otra mayor preocupación.

Ignacio de Loyola también se nutrió de mediaciones que despertaron sus deseos: la vida de los santos y la vida de Jesús, el mismo camino de peregrinación, su estancia en Montserrat, la noche oscura de la vela de armas, su confesión general, los vaivenes espirituales y físicos en Manresa, las relaciones humanas que fue estableciendo hasta el mismo hecho de presentarse al papa junto a sus otros compañeros de camino, bajo el nombre de Jesús.

Por lo tanto, es un movimiento misionero con unas acciones determinadas: amar y ser amados, elegir y ser elegidos, buscar y ser buscados por Dios. Porque él nos ha amado primero, porque él nos ha elegido como hombres, sacerdotes responsables en el ser hijos y hermanos; peregrinos en la vida y sus circunstancias *ad maiorem Dei gloriam*, para la gloria de Dios. En tercer lugar, invito a construir una «lectura pedagógica» y «apostólica», que al igual que Ignacio, podamos decir: «En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole» (*Au 27*). Un tiempo para vivir más hondamente la experiencia del Espíritu en la vocación particular como sacerdotes ordenados.

3. El punto de partida: la espiritualidad teologal del ministerio ordenado

En esta tesitura, la espiritualidad del sacerdocio ordenado es una forma del Espíritu que marca la identidad del sacerdote a través de la caridad, de la fe y de la esperanza. En primer lugar, hay lugares privilegiados donde la caridad impone una manera de ejercer el ministerio pastoral, un primado por encima de otro tipo de amores y de opciones. La caridad pastoral está sujeta al modo de vivir el sacerdocio como pastor, y no como un funcionario eclesiástico. Este término acuñado por el Concilio Vaticano II (antes celo apostólico), sitúa la vida del Espíritu del presbítero en una espiritualidad, que cultive esta virtud teologal: desde el amor, porque sin afectividad no hay caridad. No sería natural, sino que sería un concepto más, sin vivencia alguna.

El punto de partida es la misma revelación de Dios, Dios es amor y misericordia, y el sacerdote no está exento de esta manifestación. De aquí que la caridad pastoral se imponga a cualquier dedicación concreta o actividad en una obra apostólica, porque echa sus raíces en esta relación desde y en el amor a Cristo y a nuestros semejantes. La unción del Espíritu mueve a la caridad pastoral, que ilumina la vida del sacerdote en el día a día con esa gracia derramada:

Gracias a esta consagración obrada por el Espíritu Santo en la efusión sacramental del Orden, la vida espiritual del sacerdote queda caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia y que se compendian en su caridad pastoral (PDV 21).

La eucaristía es el centro de la vida cristiana, porque de ella emana y es sacramento de esta caridad pastoral; en el caso

del sacerdote, se prolonga en su identidad y en su misión. Como toda virtud, es don y proceso, por lo que necesita ser ejercitada. No es un aspecto más o menos doctrinal. Tampoco como un asistencialismo más social a los más vulnerables y necesitados. A nuestro juicio, es reducirla con el peligro que conlleva: la ideología o la sustracción de su fundamento espiritual. La caridad pastoral expresa la participación a la caridad de Cristo Pastor, y esto supone una confrontación en clave de discernimiento de los propios afectos y motivaciones apostólicas para que gradualmente vayan ordenándose, «quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina» (*Ej 1*). Pues es Cristo quien sostiene la persona y el ministerio del sacerdote. Así visto, el proceso no está exento de dificultades o de agitaciones, propias de la vida teologal, y exigirá una serie de medios necesarios para que se arbitren y se dibuje una honda caridad pastoral, íntegra, universal, con un sentido público o social, entregada y con entrañas de misericordia. Desde esta perspectiva, el sacerdote es célibe, precisamente para que su modo de vida sea el estilo de Cristo Pastor. Tres aspectos desfiguran su sentido:

- a) el celibato como modo de ser más disponible en una dimensión puramente funcional;
- b) el celibato como modo de equilibrar el ejercicio de poder o la posesividad sexual;
- c) el celibato como desprecio a la carne y a la sexualidad.

De alguna manera, si el sacerdote se sitúa entre estos elementos transgresores de la caridad pastoral, difícilmente podrá vivirlo de forma gozosa, porque no se enmarca en su origen, su fuente: amor oblativo a Jesucristo Pastor y a su pueblo. La espiritualidad sacerdotal ayuda a que el celibato

sea una forma de amor y no, principal y exclusivamente, de renuncia. En la medida en que se crezca en una mayor conciencia del ser célibe como forma de amor se van integrando de forma realista muchos aspectos relacionales y afectivos: la necesidad de ser acompañado a cualquier edad, en profundidad, el conocimiento de las emociones y pulsiones; el modo de relacionarnos con niños, jóvenes, adultos y ancianos, con otros presbíteros, religiosos y obispos, y entre obispos con otros hermanos en la fe y en la sinodalidad eclesial, siempre en misión compartida. La ofrenda de uno mismo es el don máspreciado, que valoriza y vigoriza el ejercicio del ministerio ordenado.

En segundo lugar, en el sacerdote la fe hace que sea un hombre confiado y creíble. Parecería obvio que un sacerdote tuviera fe. Ahora bien, la espiritualidad sacerdotal lo encamina hacia un mayor ejercicio de dicha fe en clave de confianza y de credibilidad para no caer en la monotonía y en la rutina, que provocan un ateísmo o un agnosticismo en su misión y ministerio. La espiritualidad sacerdotal está anclada en creer más allá de recitar el Credo; es una llamada (vocación) a vivir y a ejercitarse en este estilo de vida que emana del mismo Cristo Pastor, y no en otro, lo que significa también confiar en otros.

Acerquémonos al sacerdote esperanzado. ¿Acaso el mundo espera de un sacerdote que viva desesperanzado? La esperanza cristiana que emerge de la espiritualidad sacerdotal señala una serie de disposiciones constitutivas al ejercicio del ministerio. En primer lugar, la humildad. Hemos señalado que el sacerdocio ordenado no puede vivir de rentas o de lo que clásicamente se llamaba *opus operatum*, esto es, de la gracia derramada el día de la ordenación presbiteral o de la consagración episcopal. Es don y es proceso. Por lo que la vocación no se puede encerrar únicamente en los procesos anteriores (candidato, seminarista) antes de dicha gracia. La con-

versión y la vocación es permanente (carácter indeleble). ¿De qué le sirve a un sacerdote ser muy ilustrado, tener muchas letras, si después no se ejercita en la virtud? ¿De qué le sirve a un sacerdote ser muy virtuoso, si después no se ilustra, lee y se renueva ante las grandes cuestiones que siempre se están suscitando?

La humildad nos pone en el camino de la esperanza porque supone salir de nosotros mismos y de los ensimismamientos múltiples (doctrinales, personales y pastorales). Una vida desesperanzada siempre comporta una tibieza y un alejamiento de Dios y de nuestros semejantes pese a que la autosuficiencia nos recuerde que de nosotros debe salir todo. Sin embargo, esto está muy lejos de ser esperanza cristiana. Sabemos que la Escritura muestra el camino que une la alegría con la esperanza: «Vivid alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación» (Rom 12,12) y «que Dios, de quien procede la esperanza llene de alegría y de paz vuestra paz» (Rom 15,13). La alegría evangélica no es precisamente el salir airoso y exitoso tanto de la actividad apostólica como de la propia oración. La esperanza no sale de una convicción personal, sino que se trata de sentir y pensar, pensar y sentir la presencia de quien es el Señor de la vida.

La evolución del ministro ordenado llevará consigo un continuo «reubicamiento» y no solo físico sino también interno. Aquí conviene recordar la distinción entre la espera (pasividad) y la esperanza (receptividad). Si la esperanza es don y tarea, se recibe y se trabaja, la espiritualidad sacerdotal aquilata la necesaria receptividad hacia el don de Dios y su continuo ofrecimiento. En este sentido, la oración como medio y fuente no es solo condición exigida al sacerdote. Más bien, forma parte intrínseca de su forma de vida. Un dato, que actúa como barómetro: registrar cuál es la relación entre la oración del sacerdote y la esperanza. El desesperado no suele encontrarse en la intimidad con Dios, porque, en realidad, no espe-

ra nada. El orgulloso, tampoco, pues ya cree tener entre sus manos todo lo necesario. Por ello, la confianza o el fiarse es otra de las disposiciones. Estar bajo sospecha es una actitud fundamental del discernimiento, pero no con Dios, pues la relación con el Señor es lo único que puede afianzarnos. Él mismo se ha donado y ha conferido el don al sacerdote para que sea creyente y esperante.

4. ¿Qué significa «ejercitarse»?

Finalmente, antes de presentar el plan de esta obra, quisiera ofrecer una palabra sobre la idea de «ejercicio» cuya tradición en Occidente hemos recibido a través de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola:

Por este nombre, ejercicios espirituales, se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones, según que adelante se dirá. Porque así como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales, por la misma manera, todo modo de preparar y disponer el ánimo para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima, se llaman ejercicios espirituales (*Ej 1*).

Notamos, en principio, doce verbos que constituyen una serie de acciones, prácticas u operaciones corporales y espirituales que deben realizarse. Dicho de otro modo, esta suerte de actividades verbales indica movimiento, algo que está presente desde las culturas más inmemorables, y que señalan, precisamente, esta idea de «ejercicio» como el conjunto de prácticas para hacer frente ante esa cosa enorme, extraña y descoordinada que es la vida (el sufrimiento, el dolor, las

pasiones, la muerte). Siguiendo la estela iniciada por Marco Aurelio en sus *Meditaciones*, ejercitarse supone buscar la perspectiva y la profundidad vitales frente a la conformidad y a la mediocridad. Perspectiva y profundidad, que la tradición cristiana ha formulado de diversas maneras. Entre ellas san Agustín manifestó que el corazón y la mente debían ser ensanchados: «Inquieto es nuestro corazón», «angosta es la casa del alma sea ensanchada por ti»⁴. O bien santa Teresa de Ávila cuando comentó el salmo 118, «dilataste cor meum»⁵. Ahí, parece que reside la alegría espaciosa o la salud del ánima.

Estamos proponiendo aquí adentrarse en la experiencia de Dios mediante los *Ejercicios*⁶ para una renovación profunda e interior, que ofrezca mayor efectividad y hondura al ministerio pastoral y apostólico desde esa triple lectura que antes hemos mencionado, lectura para discernir, pausada y meditativa y pedagógica y apostólica:

Aprovecha mucho, en lugar de hacer elección, dar forma y modo de enmendar y reformar la propia vida y estado de cada uno dellos; es a saber, poniendo su creación, vida y estado para gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de su propia ánima. Para venir y llegar a este fin, debe mucho considerar y ruminar por los ejercicios y modo de elegir, según que está declarado, cuánta casa y familia debe tener, cómo la debe regir y gobernar, cómo la debe enseñar con palabra y con ejemplo; asimismo de sus facultades y en otras cosas pías, no queriendo ni buscando otra cosa alguna sino en todo y por todo mayor alabanza y

⁴ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, I, I, 1: PL 32, 661; *ibid.*, I, V, 6: PL 32, 663.

⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, «Cuartas Moradas», en *Obras completas* (Fonte, Burgos 62016) 826.

⁶ Cuatro semanas: primera (misericordia de Dios y pecado); segunda (encarnación, nacimiento y misterios de la vida pública de Cristo); tercera y cuarta (pasión, muerte y resurrección).

gloria de Dios nuestro Señor. Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer y interese (*Ej* 189).

A propósito de la mudanza, la lógica de la relación pone la base de la experiencia de la fe. No es la sustitución. Al contrario, despierta y fomenta los cambios y la apuesta por el seguimiento de Cristo. La experiencia espiritual como acción creadora alude a cinco características⁷:

- a) un «yo activo», que advierte de las figuraciones del mundo (nuestras representaciones) mediante la memoria, el entendimiento, la voluntad, la fantasía y la imaginación. Además, dota de conciencia sobre lo que nos sucede en forma de movimiento (moción) cuando expresamos «estoy teniendo un pensamiento»;
- b) un «yo retirado», según el cual nos distanciamos de tales pensamientos y sentimientos;
- c) un «yo atento». La atención lucha contra la dispersión y la superficialidad a favor de la concentración y la profundidad;
- d) un «yo observador» de las figuraciones que activamos, de la distancia que creamos y de las atenciones que realizamos a nuestros pensamientos y sentimientos.

De este proceso, se genera el cambio y la proyección hacia otro modo de ver las cosas y la vida. Así, la reforma de la vida nos introduce a un componente importante del ejercicio espiritual: la ascesis (*askesis*). Este término griego significa «ejercicio», «entrenamiento» o la actividad interior del pensamiento y de la voluntad. Por consiguiente, invito al lector,

⁷ J. GARCÍA DE CASTRO, «La estructura interna del discernimiento»: *Manresa* 80/2 (2008) 125-140.

a todos los sacerdotes, a ser ejercitantes para focalizar su voluntad hacia un mayor deseo que, en definitiva, implica cribar una jerarquía de deseos y sustraer el principal.

Hay una invitación a la *incipit nova vita*, es decir, a una promesa de vida nueva. Esta separación se formaliza con el verbo ignaciano «mudar». Se trata de un cambio. Acostumbrados a muchos «negocios», este libro invita a que «el entendimiento no se halle fragmentado» (*Ej* 19) y los impedimentos no obstaculicen el encuentro con el misterio cristiano. Ahora bien, la promesa consiste en que Jesús, el Señor, muestra las obras del Padre. Desde Dios, él realiza la exégesis de la vida sacerdotal. No se realizan *Ejercicios* sobre Dios, sino desde él, en su misterio irrepetible y único:

Dice san Jerónimo: «El esplendor y su majestad de la divinidad oculta brillaba también en su rostro humano y podría atraer a sí a quienes le miraban. Si el imán tiene fuerza para atraer al hierro, ¿cuánto más podrá el señor de todas las cosas atraer a sí a los que quiera?»⁸.

5. Plan de esta obra

De esta manera, el libro se estructura en cinco capítulos, que recorre los contenidos más nucleares de los *Ejercicios*. El primero aborda el principio y fundamento desde el que hay que entender el sentido de la felicidad cristiana. Si no tomamos conciencia de que somos criaturas de Dios no podremos comprender mucho de lo que significa el ministerio ordenado. El segundo capítulo se centra en un aspecto esencial de la espiritualidad del ministerio y que, en muchas ocasiones, queda olvidado: la condición pecadora, pero recon-

⁸ LUDOLFO DE SAJONIA, *La vida de Cristo*, I (IHSI-UPCO, Roma-Madrid 2010) 280.

ciliada para reconciliar y sanar a otros desde la misericordia de Dios. Es la Primera Semana que ofrece la condición de posibilidad para renovar la vocación al inicio de la Segunda. Así el tercer capítulo inicia la contemplación de los misterios de la vida de Cristo. Ser atraídos por el Señor de la vida. Fue la experiencia de los primeros discípulos ante la invitación del Señor: «Venid y lo veréis» (Jn 1,35-39). La convocatoria a este recorrido transparenta la permanencia con él, la inhabitación con él, para quien se ejercite en sus diferentes ejercicios y «esas otras operaciones espirituales» (*Ej* 1). Dice san Agustín: «Sed lo que veis, y recibid lo que sois»⁹, refiriéndose a la eucaristía. Y san Pablo recuerda: ser miembros del cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor 12,12-27) o Templos del Espíritu (cf. 1 Cor 6,19). Seguidamente los dos capítulos finales presentan la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo (Tercera y Cuarta Semanas). En ellos pretendo subrayar algunos aspectos esenciales del misterio pascual que constituyen la fuente irrenunciable del ministerio ordenado y su espiritualidad para concluir con unas notas finales sobre la espiritualidad del ministerio ordenado.

En definitiva, se trata de crecer en la invitación al seguimiento de Cristo que nos haga salir de nosotros mismos para caminar apostólicamente hacia los demás y hacia Dios. Aquí es donde radica el ser profundo de las cosas, el porqué, el cómo y el quién. ¿Habrá respuestas? Puede ser que sí o puede ser que no. Lo fundamental es vivir la vida sacerdotal como don y tarea, es decir, como ejercicio.

Agradezco inmensamente a la BAC la acogida de este manuscrito. Y, de una manera especial, quisiera expresar mi gratitud a Elías Royón, SJ y a Marisa Regueiro: sus acertadas correcciones han mejorado el original. Gracias por vuestro tiempo y vuestra entrega generosa.

⁹ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 272: PL 38, 1247.